

Parábolas del tesoro y de la perla

Mateo 13, 44-52

Bizy: Jesús nos va a dar más pistas para saber cómo es el Reino de Dios.

Orejita: Jesús dice: «Semejante es el reino de los Cielos a un tesoro escondido en el campo, que cuando lo encuentra un hombre, lo esconde. Y por el gozo que le da, va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo».

Bizy: ¿Qué encuentra el hombre? Un tesoro.

¿Qué es un tesoro?

¿Cómo crees que es un tesoro?

¿Cuánto crees que vale un tesoro?

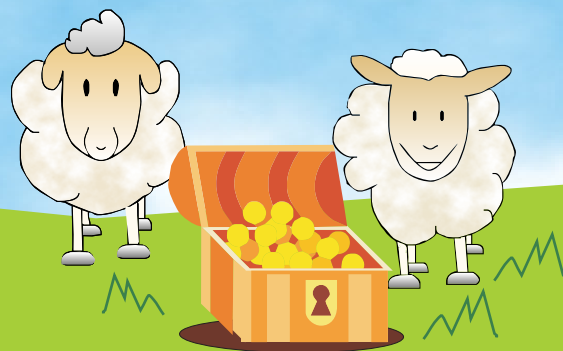
¿Qué hace el hombre cuando lo encuentra? Lo esconde y vende todo lo que tiene para comprar el campo.

¿Entonces el tesoro es de gran valor? ¡Sí!

¿Cómo se siente el hombre cuando lo encuentra?

¿Por qué Jesús lo compara con el Reino de Dios?

¡Es tan maravilloso encontrar el Reino de Dios, que uno está dispuesto a todo, incluso a dejarlo todo, para poder entrar en él!



Orejita: «También es semejante el reino de los Cielos a un hombre negociante, que busca buenas perlas. Y habiendo encontrado una de gran precio se fue, y vendió cuanto tenía, y la compró».

Bizy: ¿Qué hace el comerciante? Va en busca de perlas preciosas.

¿Y conoce de perlas? Sí. Sabe cuales son de gran valor.

¿Qué encuentra? Una perla de gran valor.

¿Esta perla es diferente a las demás? Sí.

Entonces ¿qué hace el comerciante? Vende todo para comprarla.

¿Crees que cuida mucho esa perla?

¿Qué crees que nos quiere decir Jesús?

¿Crees que tengo que renunciar a las cosas, para tener el Reino de Dios?



Orejita: Renunciar a algo, no es que alguien te lo quite. Es que eso ya no ocupe el lugar más importante en tu corazón. Sino que ahora lo tenga el Reino de Dios.

Bizy: Entonces no se trata de dejarlo todo, sino de que todo lo que tengo, lo pongo al servicio de Dios. Es dárselo todo a Él.

Orejita: Sí. Y si todavía te cuesta trabajo dar algo, piensa si eso, se lo puedes prestar a Jesús. ¿Se lo puedes prestar un minuto o por una hora?

Bizy: Sí. Yo se lo puedo dar por todo un día. Es más, por toda la semana. Ya entendí. Se trata de dejar de ver que las cosas son solo para mí. Y en cambio, las veo como algo que puedo dar a los demás. Hasta yo puedo dar de mi tiempo y mi compañía a los demás.

Orejita: Jesús nos dice que su Reino es semejante a esa perla. Entonces ¿cómo crees que es el Reino de Dios?

Bizy: Hermoso y de gran valor.

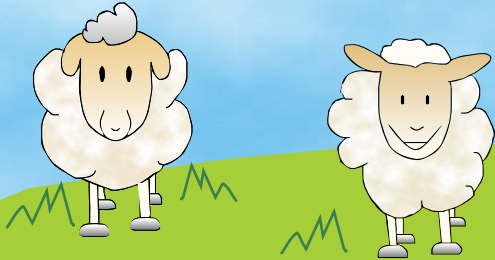
Orejita: ¿Crees que podemos tener ese Reino de Dios?

Bizy: ¡Sí! Quiero que solo Jesús esté en mi corazón. Así es que ni las cosas, ni el miedo, ni la tristeza, ni el enojo, ni la venganza, van a entrar a mi corazón. Cambio los pilares de oro y plata, los juguetes y todo lo demás, por el amor de Jesús.

Orejita: ¿Tú ya descubriste lo precioso y valioso que es el Reino de Dios?

Parábola de la red

Orejita: Jesús nos dice: «También el reino de los Cielos es semejante a una red, que echada en la mar, junta todo tipo de peces. Y cuando está llena, la sacan a la orilla, y sentados allí, escogen los buenos y los meten en vasijas y echan fuera a los malos. Así será en la consumación del siglo, saldrán los Ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los meterán en el horno del fuego. Allí será el llanto, y el crujir de dientes».



Bizy: La red tiene peces buenos y malos. Los malos son los que no se comen o no sirven para nada. Lo mismo pasa en el mundo, hay gente buena y mala. Pero en el Reino de los Cielos, solo pueden entrar los buenos. ¡Así es que hay que quitar de nuestro corazón todo lo malo!

Orejita: Luego Jesús dice: «¿Han entendido todas estas cosas?» Le dicen: “Sí”. Y Él les dice: «Por eso todo Escriba instruido en el reino de los Cielos, es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas».

Bizy: Los Escribas son las personas que conocen muy bien los escritos de la Ley y de los Profetas. Ese es el Antiguo Testamento. Pero la perla de gran precio, es conocer a Jesús, Nuestro Salvador, y el misterio de su Pasión y Resurrección. Por eso el Escriba, saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. Las verdades del nuevo testamento, confirmadas por el antiguo. No deja lo bueno que ya tiene, sino que lo aumenta.

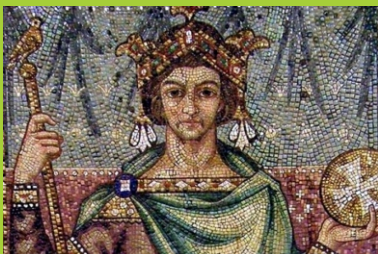
Orejita: Lo mismo pasa con los niños que antes de conocer a Jesús, ya se portaban bien. Pero después de que lo conocen, se esfuerzan no por cumplir con sus papás, sino por amor a ellos y a Jesús. Porque las buenas obras, siempre tienen que hacerse por amor.

Bizy: ¿Tú ya sabes qué cosas malas haces que tienes que evitar?

Orejita: ¿Y cuáles son las cosas buenas que ya haces, pero que con Jesús serán mucho mejores?

Erika María Padilla Rubio

Héroes entre nosotros



Nazco el 6 de mayo del año 973. Me llamo Heinrich Saksen, en español se dice Enrique. Soy nieto del emperador Carlomagno. Y voy a ser el último rey del linaje del emperador Otón I, de la dinastía sajona.

Mis papás son Enrique II, duque de Baviera y Gisela, hija del duque Conrado de Borgoña.

Mi hermano Bruno va a llegar a ser obispo. Mi hermana Brígida va a ser monja. Mi hermana Gisela, se va a casar con San Esteban, rey de Hungría.

San Wolfgango, Obispo de Ratisbona, es quien me educa. Él forma mi inteligencia y mi voluntad, para elegir siempre a Dios y vivir como Él quiere.

Mi papá muere en 995 y yo heredo el ducado. Me conocen por mi bondad y por mi gran nobleza. Adopto como lema de mi conducta, la frase de la Biblia que dice: el temor del Señor, constituye el fundamento de la sabiduría. Soy católico en mi fe y en mis obras. Además, conozco bien las ciencias humanas, que son historia, filosofía, gramática y retórica.

En el año 1001, muere en Roma, mi primo, el emperador Otón III, sin dejar herederos. Todos los príncipes electores, que son los que eligen al siguiente emperador, todos votan por mí. Me eligen soberano en 1002. Estoy convencido de que el cristianismo, es capaz de enriquecer la vida de los pueblos y sacar lo mejor de todos. Busco extender la fe más allá de mis fronteras. Por eso, promuevo y respaldo a los reyes católicos de Europa.



Por ejemplo, cuando el rey Esteban de Hungría, me pide la mano de mi hermana Gisela, para autorizar el matrimonio, pongo como condición que Esteban apoye a la Iglesia Católica en su reino. Algo que este rey va a cumplir. Tanto así, que él también va a ser santo.

Tengo que hacer campañas militares muy duras contra el Principado de Polonia. Tengo que luchar contra los bizantinos para poder consolidar las fronteras de mi reino. Y tengo que restituir al Papa Benedicto VIII en su cargo, porque sus enemigos que no son católicos, lo destituyeron.

Un día, estoy en Ratisbona y se me aparece en una visión el obispo San Wolfgang. Estoy orando ante su tumba, y cuando trato de encomendarme al Señor, con todo el fervor de mi alma, y de pedir la protección de San Wolfgang, él mismo se pone a mi lado y me dice: lee con atención la inscripción que hay en la pared. Miro la pared y leo: después de seis. Aquí termina la visión. Me quedo intrigado por lo que acaba de pasar. Y sobre todo, por lo que significa lo que leí. Después de pensarlo mucho, pienso que esas palabras quieren decir que voy a morir en 6 días. Por eso, reparto una buena parte de mis riquezas entre los pobres. Pero pasan los 6 días, y como sigo vivo y con muy buena salud, creo que son 6 meses. Pero al final de los 6 meses tampoco muero. Así es que pienso que son 6 años los que me quedan de vida. Me dedico a hacer la voluntad de Dios, con santo temor. Y al terminar el sexto año, justo al día siguiente de que se cumpla el plazo, recibo la noticia de que el Papa me va a nombrar emperador. Entonces comprendo que esto es lo que Dios me había querido dar a entender ese día.



El Papa Benedicto VIII me corona el 14 de febrero de 1014, como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, junto a mi esposa, Santa Cunegunda, en la Basílica de San Pedro en Roma.

Y gracias a Dios, no me confundo de perla. Aunque tengo este trono, uso mis funciones de rey, aquí en la tierra, para alcanzar la perla más valiosa, la que está en el reino de los Cielos.

Servir a Dios, es reinar. Por eso, promuevo con todas mis fuerzas la fe. Dono propiedades para hacer iglesias. Y dono objetos para el culto de Dios. Restauro varias sedes episcopales, que los eslavos, con sus invasiones bárbaras, habían destrozado antes.

Ayudo también a muchos monasterios para que la vida religiosa alcance un alto grado de perfección.

El Papa Eugenio III me canoniza en 1146. Mi esposa, la Reina Cunegunda de Luxemburgo, también es venerada como santa.

Así como yo, no te confundas de tesoro. Dalo todo, por el que vale más: el Reino de Dios.

Erika M. Padilla Rubio

